



LUNA XVIII

Daniela Vázquez Gómez

LUNA XVIII



Primera edición: enero de 2022
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Daniela Vázquez Gómez
© Silvia Edith Sánchez Rico

ISBN: 978-84-19151-28-5
ISBN digital: 978-84-19151-29-2
Depósito legal: M-2491-2022

Editorial Adarve
C/ Ros de Olano, 5
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para mi Rock

PRIMERA PARTE

«Aunque no te importe nada
la vida de un delfín,
nadarás a fin de siglo
en tu pecera».

SAÚL HERNÁNDEZ /
Amárrate a una escoba y vuela lejos

I

EN EL UMBRAL

¿Que si quiero volver? ¿Cuántas veces he respondido esa pregunta?

Esta vez no tengo que hacerlo, pues al fin soy pleno. Aquí existo sin necesidad de elegir, sin necesidad de asegurar mi propia supervivencia. Aquí soy eterno, soy luz. Aquí no existe la justicia o la injusticia, aquí solo existe lo absoluto. Aquí puedo verlo todo y ser parte de todo. ¿Por qué querría volver?

Volver y empezar de nuevo en un planeta donde la luz y la oscuridad se batan en un duelo constante. Lo sé, el planeta azul es una de las maravillas más bellas y valiosas en el universo, lleno de acontecimientos extraordinarios que suceden a cada minuto ante los nublados ojos de sus habitantes, los humanos.

Cegados como son, forman una especie tan hermosa y enigmática y, al mismo tiempo, tan pobre en evolución pero rica en creatividad; los humanos han sido creadores por miles de años y como magia pura, los humanos crean maravillas que nacen a raíz de un simple pensamiento. Cuán grande es la capacidad creativa de la humanidad, y cuán grande es el poder que emana de su conciencia, el amor. La verdadera belleza de su existencia entera radica en el corazón de cada ser vivo y en las grandes acciones que cada uno puede realizar solo por amor.

Sin embargo, la humanidad existe oprimida por la maldición de la dualidad. Así como el hombre puede ser creador, también puede

ser destructor. No hay luz sin oscuridad, no hay amor sin odio. Los humanos son libres de aprender y de elegir el camino que deseen seguir durante su breve existencia. Esta libertad les ha sido concedida desde su creación.

Entre ellos hay quienes siguen un camino neutral. Abrazan su luz sin negar la oscuridad en su corazón y aman verdaderamente a sus semejantes sin dejar que la fuerza de su amor y creatividad sea corrompida por la oscuridad, viven para sí mismos y para los demás.

No obstante, los humanos no son seres perfectos; sea cual sea el camino que cada alma humana elija, han de cometer errores, pues «errar es humano».

Durante mi tiempo sobre la tierra, Elías fue mi nombre y elegí la oscuridad. Mi vida fue destruida por las consecuencias de mis propias decisiones; viví solo para mí mismo y no para los demás. Viví sin darme oportunidad de encontrar mi verdadera razón de ser. Viví cegado por el rencor y la ambición. Fui débil, fui cruel, fui indiferente. «No te angusties, Elí, todos tenemos derecho a una segunda oportunidad», solía decirme mi abuela.

Sostuve con mis propias manos la venda que cubría mis ojos. El universo nunca se cansó de enviarme señales al camino correcto; sin embargo, no las hubiese visto aunque el mismísimo arcángel Miguel hubiese bajado del cielo solo para advertirme:

—Elías, sé bueno, sé justo o...

—¿O qué?

—Humanos estúpidos, algunos no aprenden en toda su vida, pero... tal vez en la siguiente.

II

DESPUÉS DE LA PALIZA

Cuando tenía solo diez años mi padre murió de cáncer y tan solo dos años más tarde, mi madre se volvió a casar. Ella y mi padrastro, Josué, vivieron la típica historia del matrimonio feliz por un par de meses hasta que él reveló su verdadero ser, un hombre violento y alcohólico que no tardó en comenzar a golpear a mi madre. Al principio, por supuesto, a mis cortos doce años, tenía el valor para tratar de defender a mi madre de semejante bestia. La imagen de ella partiéndose como una rama me llenaba de angustia y, al mismo tiempo, me daba valor; sin embargo, mi naciente valentía solamente duplicaba la intensidad de las palizas para ambos. ¿Qué podían hacer, una mujer tan frágil y un niño, contra un simio que se llenaba de furia cuando la comida no estaba caliente del todo? ¿O cuando su equipo de fútbol iba perdiendo? ¿O cuando pensaba que la vestimenta de su mujer era «inapropiada»? ¿Qué sabe un simio de decencia y comunicación? ¡Qué va!

Cierta tarde, cuando mi madre regresaba de hacer las compras, no fue recibida como ella esperaba.

—¡Te has ganado una paliza, mujer! —esa tarde, como muchas otras, estaba pronosticada una fuerte lluvia de golpes—. ¿Te gusta ir por la calle enseñando el culo? ¡Te lo dejaré tan marcado que se te quitarán las ganas de usar esos pantalones de puta!

—Amor, no, ya no los usaré más. Cálmate, por favor —imploraba mi madre.

—¡Claro que no los usarás otra vez! ¡Me voy a asegurar de eso, golfa! —vociferaba mientras se desabrochaba el cinturón de cuero.

Sujetó a mi madre por el brazo y con deliberada brusquedad la tumbó al suelo. Se disponía a tirar el primer golpe cuando me acerqué temeroso gritando:

—¡Déjala!

El simio se abalanzó hacia mí echando fuego por los ojos. Me sentía morir de miedo, mas no retrocedí. Él me tomó del cuello y me arrojó hacia atrás contra la pared. Mi madre no hizo nada, quise pensar que fue por miedo.

—¿Qué crees que haces, pequeño pedazo de mierda? ¡Vuelve a tu cuarto si no quieres que te parta el culo a ti también!

Corrí de vuelta a mi habitación, mas no para quedarme encerrado y llorando bajo las cobijas. Decidido, tomé un desarmador que llevaba tiempo resguardando bajo mi cama (sabía que algún día de algo me iba a servir) y volví corriendo hacia donde mi madre, quien ya estaba recibiendo su paliza. Sujeté el desarmador con todas mis fuerzas y corrí tan rápido como pude con la punta hacia adelante; como un buen torero, tenía la intención de dañar a una bestia furiosa.

El desarmador se incrustó rápidamente en la parte trasera de su muslo izquierdo, el simio dejó salir un grito de dolor. Enseguida retiró el desarmador, lo arrojó lejos y fue a por mí. Intenté huir en vano, me atrapó enseguida y comenzó a golpearme; no pude más que tirarme al suelo y tratar de cubrirme. Sus golpes ya me habían dejado sin aire. Como separados por un muro de inquebrantable concreto, lograba escuchar a mi madre suplicándole que se detuviera, aunque lo hacía por la razón equivocada.

—¡Lo matarás! ¡Los vecinos llamarán a la policía y te llevarán preso! ¡Te alejarán de mí! ¡Detente, por favor!

Antes de recapacitar, el simio me propició una última patada, se incorporó y se dirigió a su habitación. Yo no podía creer que mi madre se levantara del suelo y fuera, a tientas, tras él. Toda mi vida me pregunté cuándo fue que mi madre dejó de amarme. Quizá el

amor que alguna vez sintió por mí fue consumido por el mismo cáncer que extinguió a mi padre. No lo sé.

Con las pocas fuerzas que pude reunir, me levanté y dirigí hacia mi habitación. Ellos seguían discutiendo en la suya.

—Tienes que educar a ese niño o no lo admitiré más en esta casa, ¿escuchaste? —reprochaba a mi madre.

Cada vez que ella no me defendía yo me sentía verdaderamente solo. Sin nadie a quien recurrir, buscaba consuelo en la música. Mi padre biológico me había regalado una vieja Daewoo gris de dos bocinas con compartimento para casetes y CD, junto con un puñado de discos (su colección entera) para que pudiese escuchar «buena música», como él decía. Maiden, Metallica, Led Zeppelin, The Beatles, Deep Purple, hasta Credence y The Doors, entre otras bandas. Coloqué un disco al azar y subí el volumen para no escucharlos más. Sonaba *No Quarter* de Led Zeppelin. Realmente nunca le tomé importancia a su obsequio hasta que comenzaron las peleas de mi madre con el simio. Eventualmente encontré un verdadero gusto por el *rock* y el *heavy metal*. Más tarde, tristemente admitiría que mi padre tenía buen gusto para la música, pero en el fondo era un patán, no muy diferente a mi padrastro.

A pesar de que la vieja Daewoo cumplía su cometido de distraerme de esos momentos incómodos y violentos, llegaría el momento en que la música no sería suficiente para «escapar». Más tarde, esa misma noche, mi madre entró en mi habitación, detuvo la música y se sentó en la cama junto a mí. Lo que me diría sería la confirmación de todos mis temores: ella ya no me amaba, yo no era más que un estorbo en su enfermizo matrimonio.

—Si vuelves a intervenir, tu padrastro no será el único que te dé una paliza, ¿entendiste? —me negaba a creer lo que estaba escuchando—. Esto es entre tu padre y yo, ¡no te metas! —gritó—. ¿Entendiste, Elías? —no respondí. Humillado, bajé la mirada hasta que ella se encargó de levantar de nuevo mi cabeza tirando de mi cabello hacia mi espalda y, sin soltarme, repitió su pregunta—: ¡¿Entendiste?! —las lágrimas ya corrían por todo mi rostro.

—Sí, mamá, entendí —ella liberó mi cabello y se puso de pie, pero antes de salir de mi habitación, se detuvo para clavar otro clavo a mi ataúd:

—Bien. Ahora iré a preparar la cena para tu padre. No te atrevas a venir, justo ahora no quiere saber de ti —salió a toda prisa hacia la cocina—. Ni yo tampoco —dijo mientras se alejaba.

«Estoy verdaderamente solo», pensé. Permanecí recostado en mi cama, lamentándome, hasta que lentamente me dejé ir al mundo de los sueños, donde nadie jamás podría tocarme ni humillarme; donde yo era un «alguien» y no solo un «nadie». Sin embargo, el sueño nunca llegó; la pesadilla, sí:

Una sensación de angustia de repente invadió mi cuerpo y me paralizó. Mis manos, torso y pies, atados con cuerdas invisibles a mi cama. Lo escuchaba tras la puerta intentando entrar.

Lo escuché gruñir y raspar la madera con afiladas garras. No podía moverme, no podía gritar por ayuda, no podía siquiera abrir los ojos.

¡Había entrado! Escuché sus pesados pasos.

«¡Dios mío!». Estaba aterrado; quien quiera que fuera estaba cada vez más cerca. Comencé a entrar en verdadero pánico, mi cuerpo no reaccionaba.

Sabía que estaba a mi lado pues escuchaba su respirar. Sonaba como un...

Invoqué todas mis fuerzas para abrir los ojos arrepintiéndome enseguida. Quise gritar, pero no pude. Lo vi flotando sobre mí, su cara justo frente a la mía. Era una bestia, un lobo negro con enormes colmillos que gruñía y babeaba sobre mi rostro. Su saliva quemaba mi piel.

Dos enormes huecos negros donde deberían estar sus ojos. Sus dos patas con enormes garras sobre mis hombros presionándome contra la cama; su peso me sofocaba.

De su horrendo hocico brotaron lamentos de agonía, de esos que hielan la sangre. Alimentándole mi pavor, inclinó su monstruosa cabeza hacia mi oído; pisoteando sus zarpas mi ser, susurró una frase: «La luna ilusoria».

El terror me invadió por completo cuando el ente presionó con más fuerza sobre mi cuerpo inmóvil hasta fundirse en mi interior.

Desperté rogando por aire en mis pulmones, me encontraba aterrado. Encendí la luz rápidamente esperando encontrarme de frente con ese par de huecos oscuros. Dejé de jadear al darme cuenta de que no había rastro de ninguna bestia en mi habitación. Solo para estar bien seguro, revisé la puerta en busca de las marcas de unas afiladas garras, para mi fortuna, la puerta estaba intacta. Sin embargo, un sonido, sin lugar a dudas horrible, recorría cada esquina de la casa. «Solo son los ronquidos de aquel simio apuesto», pensé y la idea me provocó una risilla. Un poco más calmado, regresé a la cama. Solo por si acaso dejé las luces encendidas. «La luna ilusoria»: esa frase se repitió en mis sueños el resto de la noche; no obstante, se desvaneció de mi memoria como la oscuridad se desvanece con las primeras luces del día.

Los días pasaban rápidamente. Eventualmente fue más fácil ignorar el dolor de mi madre al recibir sus palizas. A fin de cuentas, ella me lo había advertido: «No te metas», me había dicho. Al no acumular palizas, mi cuerpo sanó rápidamente, a diferencia de mi espíritu que continuaba siendo apaleado por las personas que se suponía debían de protegerme.

Dejé la secundaria el mismo día que cumplí quince años. Cuando la directora llamó a mis padres para notificar de mi inasistencia, a ellos no les importó en absoluto. Tenían otros planes para mí.

Cierta tarde, después de todo un día de gastar un puñado de monedas, que hurté del bolso de mi madre, en las «maquinitas», regresé a casa y me dirigí a la cocina en busca de alguna sobra; como era costumbre, cada noche cenaban sin mí, así que tenía que tomar algo rápidamente. Buscaba un pedazo de pan o fruta pasada, un poco de leche, lo que fuera era bueno. Esa tarde en particular no encontraba nada, así que busqué más a fondo en las repisas sobre la estufa. Removí algunos contenedores de especias hasta encontrar uno que tenía inscrita la palabra *cookies*. No había que ser un genio para saber que *cookies* significa *galletas* en inglés, así

que lo tomé y lo destapé. Me lamenté al confirmar que en su interior no eran galletas lo que había; el contenedor estaba casi lleno de una especia verde parecida al orégano. Recuerdo que su aroma me pareció muy particular. Definitivamente no era lo que buscaba. Lo dejé donde estaba y me dirigí al refrigerador. Apenas abrí la puerta cuando mi padrastro la cerró con un golpe que casi atrapa mi cabeza entre el refrigerador y la puerta. Lo miré con odio. Ya no le temía. Si bien mi madre toleraba ser sometida, yo no lo haría más. Josué, el simio, soltó una risa mofándose de mi mirada retadora.

—Sé que dejaste la escuela —aclaró.

Antes de que pudiera replicar, él dijo:

—No te preocupes, no te voy a apalear por eso. Pero de ahora en adelante te vas a ganar el derecho a vivir en esta casa. Te costará tener un techo sobre tu cabeza y te costará el pan que robas de aquí cada día.

—Un hijo no debería tener que robar pan en su propia casa —me atreví a decir sin desviar la mirada.

—Tienes razón, pero resulta que tú no eres mi hijo y tu madre..., tu madre no te soporta. Deberías agradecerme, te ahorré la pena de andar buscando trabajo y, mejor aún, agradece que no te he echado de mi casa.

Josué, el simio sin modales, me ordenó presentarme en el restaurante El Triunfo ubicado al centro de la ciudad.

—Busca a Mateo, un viejo amigo; él te dará empleo como lavaplatos. Pobre de ti que no te presentes. Si es así, no vuelvas a poner un pie en esta casa —fue su advertencia antes de volver al sofá donde se tumbó a ver la tele.

Regresé a mi habitación sin haber podido tomar nada para comer y con la carga de un empleo encima. Mi madre y Josué cenaron juntos más tarde. Olía delicioso, mas no me llamaron para acompañarlos.

III

KEVIN

El despertador programado a las seis de la mañana sonó con *Pain Killer* de Judast Priest. El repentino sonar del *heavy metal* me hizo saltar del susto fuera de la cama. Bajé el volumen y lo dejé sonar. Por fortuna el simio no se despertó, todavía podía escuchar sus infernales ronquidos. Me preguntaba cuántos tipos de tortura sería capaz de soportar mi madre. Me dirigí al baño aún con el corazón latiendo rápidamente por el sobresalto y me preparé para comenzar en mi nuevo empleo. Me sentía extrañamente feliz. Al ganar un poco de dinero, no tendría que robar las sobras cada día; podría comer cuanto quisiera. La idea de una deliciosa hamburguesa con queso cruzó por mi mente y me dio la motivación que necesitaba para caminar —aún con el estómago vacío— los casi ocho kilómetros hacia el centro. Daban las ocho de la mañana en punto cuando llegué.

—Hola, busco a Mateo. Me envía Josué —dije a un joven flacucho que parecía ser un mesero.

Sin muchos ánimos, el chico me acompañó hasta una pequeña oficina ubicada en el segundo piso sobre el comedor del restaurante. El lugar era enorme, solo de camino a la planta alta pude contar diecisiete mesas. Una vez en la oficina, el joven anunció mi llegada y me dejó entrar.

—¡Así que tú eres Elías! —exclamó mientras se levantaba de su silla—. ¡No seas tímido! Anda, toma asiento.

Su fuerte apretón de manos dejó mi mano adolorida por un momento. Mateo era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de cabello corto evidentemente arreglado con tinte negro; usaba lentes que, por el aumento, maximizaban el tamaño de sus globos oculares; su barba y bigote encanecidos y mal arreglados le daban un aire desaliñado. Una camiseta morada con el logotipo de El Triunfo remarcaba una enorme barriga redonda. Al verla imaginé que, como un globo, podría reventar en cualquier momento. Giré la cabeza en busca de la salida de emergencia más cercana.

—Sí, señor.

—¿Cuántos años tienes, Elías? —preguntó con tono amable.

—Tengo quince años, señor.

—Dime, Elías, ¿has trabajado en algún otro sitio?

—No, señor.

—Ya veo. Elí, ¿puedo llamarte Elí?

—Sí, señor.

—Bien, verás, no suelo contratar personas tan jóvenes como tú. De hecho, no estoy seguro de que sea algo legal —las piernas me temblaban, y no precisamente por el temor a que su barriga explotara, sino por el temor al rechazo—. Dime algo, Elí, ¿cómo van las cosas en casa? —su inesperada pregunta me sorprendió tanto que la expresión de mi rostro debió delatarme—. Tranquilo, te pregunto esto porque conozco a Josué. Puede ser un tipo difícil. Para ser honesto nunca creí que pudiera conseguir una novia. ¡Y hasta tener un hijo! Ese hombre puede tener una actitud de los mil demonios. Fuimos amigos durante la universidad hasta que él la abandonó —aclaró—. Ambos habíamos acordado tener un restaurante juntos. Aunque por mi cuenta me va bastante bien. Supongo que es mejor así. ¿Y bien? —insistió.

—Él es mi padrastro —no dije más.

—Ya veo. ¿Y qué tal se comporta el buen Josué? ¿Los trata bien a tu madre y a ti? —estaba confundido, no sabía si hablar la verdad o mentirle. Por una parte, deseaba ser honesto, tal vez él podría ayudarme, por otro lado, temía que se lo contara a mi padrastro y

este terminara por matarme al llegar a casa. Consternado, bajé la mirada y no respondí—. Bien, no estás obligado a contarme —se levantó de su silla y se colocó frente a mí sujetando mis hombros con sus manos. La cercanía de su barriga me puso de nervios, pero antes de que pudiera retroceder él dijo:

—Verás, Elí, conozco bien al sujeto y por el hecho de que estás aquí cuando deberías estar en la escuela o en casa jugando algún videojuego, puedo pensar que estás desesperado. No te preocupes, te daré el empleo —Mateo revolvió mi cabello con su mano y luego volvió a su trono. Su repentina muestra de cariño me llenó por un instante de fe—. Empecemos por aclarar un par de cosas, Elí, pon mucha atención. Número uno. Te quiero aquí a diario al punto de las seis horas. Somos un lugar bastante exitoso y nuestra carga laboral es pesada. ¿Estás dispuesto? Déjame advertirte que terminarás agotado.

—Estoy dispuesto, señor —respondí más animado y pensando en esa hamburguesa, pero esta vez estaba acompañada con papas fritas, y tal vez un refresco de cola.

—Bien, número dos. Empezarás como lavaplatos, comienzas hoy mismo. Cuando bajes a la cocina, busca a Kevin, él te dirá lo que necesitas saber. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Número tres. No abrimos los lunes, será el único día que podrás descansar. ¿Estás de acuerdo con eso?

—Sí, señor.

—Número cuatro. Tu sueldo será de mil doscientos pesos cada semana. Si veo que te esfuerzas tal vez pueda pagarte un poco más. ¿Estás de acuerdo con eso?

—Sí, señor —mil doscientos pesos me sonaban como una fortuna.

—Cinco. Puede que algunos de tus compañeros sean unos patanes, trata de no tomarlos muy en serio, y Elí, cuídate especialmente de Alfredo, si es posible no te juntes con él. Juro por Dios que si no fuera mi sobrino, de ninguna manera lo tendría en mi equipo de trabajo, pero mi hermana me lo ha pedido como un

favor —Mateo dejó escapar un suspiro de resignación mientras sobaba su sien con una de sus manos—. Una cosa más, Elí: si alguien pregunta, tú también eres mi sobrino y te dejo ayudar a cambio de una propina. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—Sí, señor —me levanté de la silla, pero antes de que pudiera abandonar su oficina, agregó:

—Y, Elí..., basta del «Sí, señor». Esto no es el ejército. Dime Mateo o jefe.

—Sí, señor; digo, Mateo; digo, jefe. ¡Sí, jefe! —escuché reír al jefe Mateo mientras bajaba las escaleras en busca de Kevin.

—Este niño se escapó del kínder —se escuchó decir cuando me vieron entrar a la cocina. Me adentré hasta el fondo sin darle importancia a sus comentarios, hasta toparme con un chico que cargaba una torre de pesadas ollas.

—¡Disculpa! ¿Dónde encuentro a Kevin?

—¿Kevin? ¿Te refieres al tipo más *cool* del lugar? ¡Pues ese soy yo! ¡A todas horas, en vivo y a todo color! —clamaba en tono de locutor—. ¿Qué puedo hacer por usted esta mañana?

—Me llamo Elías y soy el nuevo lavaplatos. El jefe me dijo que te buscara y que...

—¿Te refieres al viejo bonachón de arriba? —interrumpió.

—Mmm..., sí —respondí temeroso por la manera en que hablaba del jefe.

—¿No deberías estar haciendo la tarea? —bromeó y sin dejarme decir nada continuó—. Bueno, órdenes son órdenes. Por aquí, su majestad —colocó las ollas en una repisa e hizo una reverencia con sus manos indicándome la dirección.

Su manera de hablar y sus espontáneas reacciones me recordaban a una caricatura que solía ver de niño llamada *Animaniacs*. Kevin bien podría hacer de Wakko. Durante mi recorrido inicial no paré de reír, Kevin tenía un sobrenombre para casi todos los empleados e incluso para algunos comensales.

—Ese de allá es el oficial Roberto. Hace un par de meses que viene a desayunar casi todos los días, es un buen tipo, pero dicen

los meseros que no deja buenas propinas. ¡Ah!, y ten cuidado de no escupir en su comida que seguro te mete una bala entre los ojos, ya hemos perdido a varios meseros por eso —bromeó mientras hacia el signo de la cruz en su cara—, y ella, mi querido amigo, es Vanesa, la cajera —explicaba mientras abrazaba por los hombros a una chica bastante linda de lacio cabello negro atado en una cola de caballo—, la flor más hermosa de este jardín. Algún día nos casaremos y tendremos cuatro hermosos hijos —Vanesa soltó una carcajada y dijo:

—¡Tarado! Lo mismo le has dicho a Sofí. Mucho gusto, Elías, y bienvenido al equipo —Kevin la soltó y le dijo:

—Tú eres la única, *mon amour*. Ahora, si me disculpas, tengo un pupilo que entrenar. El jefe me pidió esta tarea tan importante a mí; yo soy ¡el elegido! —dijo aumentando el tono de su voz. Luego lanzó un beso en el aire a la chica.

Vanesa reía a carcajadas y yo también. Kevin era la clase de chico que podrías odiar o amar, dependiendo de tu sentido del humor. Por suerte para él, la mayoría en el restaurante lo considerábamos un tipo agradable.

Cuando por fin llegamos a nuestra área de trabajo, Kevin buscó entre un montón de manteles, algún delantal que pudiera quedarme.

—Una vez se coloque un delantal, su majestad, usted estará condenado a una eternidad de platos sucios y ollas gigantes, pedirá piedad por no lavar una cuchara más, llegará la hora en que sus delicadas manos estarán tan arrugadas que... —un brutal sonar de tripas interrumpió su advertencia. Me sentí tan apenado cuando Kevin dijo:

—¡Madre mía, Elías! ¿Es que acaso habéis pisado un sapo? —casi había olvidado que no había probado bocado en más de doce horas—. ¿Apenas un par de horas que habéis iniciado y ya estáis hambriento? ¿Qué vamos a hacer con usted? —yo no sabía qué responderle y bajé la mirada. Sin hacer otro chiste de mal gusto, Kevin detuvo su búsqueda y dijo—: Esperad aquí, su majestad —entonces salió en carrera hacia la cocina.

Suspiré y tomé su lugar en la búsqueda de un delantal. Para mi suerte, el primero que tomé del montón me quedó a la perfección, me lo coloqué aceptando mi condena. Solo un par de minutos después, Kevin regresó con un vaso de leche con chocolate y seis galletas con chispas recién horneadas; una séptima galleta ya estaba en la bocaza de Kevin.

—¡Veo que habéis encontrado uno! Pero antes de empezar, debe comer, su majestad. ¡Os esperan mil ollas que lavar! ¡Es nuestra misión alimentar a los hambrientos y no lo podremos lograr sin usted! —proclamaba mientras hacía ademanes de héroe con las manos.

Kevin había convertido mi primer empleo en una condena y luego, como un mago, lo transformó en una misión heroica. Le agradecí y comencé a comer. Recuerdo que se me salió la leche por la nariz cuando Kevin hizo alguna otra payasada. Más tarde, ya entrados en las labores, y con mi estómago semilleno, nos dieron las diez de la mañana cuando se nos agregó otro chico a las labores.

—¡Vaya que eres caso perdido! Mira que llegar tarde es de jefes no de un esclavo como vos —Kevin alegaba al tiempo que exageraba la intensidad con la que tallaba una olla, imitando el drama de una madre regañona.

—No molestes, marica, que no estoy de humor para tus estupideces —replicó Alfredo mientras se colocaba su delantal—. ¿Quién es ese niño? ¿Tu mascota? —preguntó. Lo miré con enojo.

—¡Este es Elías el profeta! —exclamó Kevin con tono grave y casi gritando, ganándome la oportunidad de presentarme—. Su majestad, el nuevo lavaplatos —agregó.

Alfredo me dirigió una mirada fugaz.

«¿Ese es el tipo con el que no debo juntarme?». Alfredo era uno de esos sujetos que pueden pasar desapercibidos. Su tez era de un moreno claro, debajo de sus ojos había una línea de pecas. Calculé que debía medir entre un metro setenta y cinco o un metro ochenta. Probablemente era su delgadez la que lo hacía

parecer más alto. Admití con algo de decepción que yo era el único enano entre Kevin y Alfredo. Llevaba su negro cabello recogido en una minicoleta que no daba para ser una cola de caballo. Él se había recogido las mangas de su camisa blanca dejando al descubierto sus delgados pero firmes brazos. Su brazo izquierdo parecía más bien un lienzo, que, a excepción de su mano, estaba cubierto de tatuajes, la mayoría eran diseños comunes como el clásico alambre de púas que descendía desde su hombro hasta rodear su muñeca. Uno de sus tatuajes en particular llamó mi atención. En su antebrazo se veía el dibujo de lo que parecía un furioso perro blanco saltando fuera de alguna especie de agujero negro. El detalle de aquel tatuaje era perturbador. Resaltado con colores vivos y al mismo tiempo con un contraste lúgubre, incluso la espuma que brotaba del hocico de la bestia lucía tan nítida, que temerías acercarte a Alfredo creyendo que su bestial tatuaje cobraría vida repentinamente solo para cercenarte alguna que otra extremidad. Jamás había visto una representación de furia y ferocidad tan acertada. Debajo de aquel monstruo que existía solo como un dibujo —gracias al cielo— se podía leer la leyenda «Showbiz». Me alegré de saber que todas esas horas invertidas en traducir las canciones del inglés al español, habían servido de algo al fin. Sin prestar mucha atención a su brazo izquierdo, el tipo parecía un sujeto normal. Pero... esa mirada... Un brillo macabro en sus ojos era suficiente para convencer a cualquiera de que, tratándose de Alfredo, había que andarse con cuidado. Era como si el sujeto llevase un letrero luminoso en su frente con la siguiente advertencia:

«Hola, sigue tu camino sin meterte en mis asuntos. O, bueno, eso te lo dejo a tu imaginación».

Y vaya que esa mirada daba mucho que imaginar.

—¿Otro payaso como tú? ¡Da igual! —dijo Alfredo ya con una cacerola en mano.

—¡Tú siempre tan alegre, Alfredito! Gracias por traer alegría a nuestras vidas.

En ese momento pensé que Alfredo le soltaría un golpe en la cara a Kevin, pero él no reaccionó de ninguna manera, permaneció absorto en su trabajo, por lo que, eventualmente, Kevin por fin cerró el pico, aunque no por mucho tiempo.

Kevin, a diferencia de Alfredo, era un tipo «buena onda», como él solía referirse a sí mismo. Por dos semanas estuvo de la mano conmigo e hizo que los primeros días de mi primer empleo fueran en cierto modo divertidos.

Tal como lo advirtió el jefe Mateo, El Triunfo era un lugar bastante exitoso. Cuando llegaban los fines de semana el caos parecía reinar en todo el restaurante. Sobre todo los domingos que, desde las siete de la mañana, «las hordas» —como solíamos llamar a los montones de clientes— esperaban hambrientos a que se abrieran las puertas. Trabajábamos sin parar. Kevin y yo nos las arreglábamos para tener todo listo sin Alfredo, quien solía llegar a una hora diferente y, en la mayoría de los casos no se presentaba. En esas ocasiones, ninguno tenía más de diez minutos para comer a mitad de la jornada; cuando esto pasaba, Kevin me cedía sus diez minutos para que yo pudiera comer bien.

—Estás muy flacucho —me decía meneando la cabeza en señal de negación—. Id a comer que te necesito con fuerzas aquí, y déjame decirte que tendrás que lavar todo de nuevo porque esas ollas siguen tan sucias como su alma, majestad —lo miré perplejo hasta que echó a reír—. Es broma, majestad, id y comed. No olvides traerme un bizcocho o podré morir de hambre aquí y...

—Está bien —dije sin esperar a que terminara de hablar. Kevin seguía parlotando cuando salí de la cocina hacia el comedor de empleados. Yo sonreía pensando en lo amable que era ese chico conmigo. ¡Vaya que lo apreciaba!

Mi primer año no estuvo mal. Kevin hacía que el tiempo volara. Recuerdo que alguna vez había escuchado la frase «El tiempo vuela cuando te diviertes» y, aunque terminaba agotado, casi me deprimía cuando se acercaba la hora de regresar a casa con mi madre y el simio que tenía como esposo.

—Moved esas manos, su majestad. ¿O acaso queréis «dar el extra» y salir de aquí hasta las cinco de la tarde? —alegaba un martes cuando estábamos por terminar el turno.

—Eh, Kevin, he querido preguntarte algo.

—Has venido al lugar indicado. Pregúntame lo que quieras, hijo mío —dijo en tono solemne.

Después de sofocar la risa, pregunté:

—¿Cuál es el problema con Alfredo? Sé que es pariente del jefe, pero ¿no crees que le soportan demasiado? —Kevin lanzó un suspiro y comenzó a contarme:

—La hermana del jefe la ha tenido muy difícil, chaval, y la cereza en el pastel ha sido Alfredo. Cuenta la leyenda que el tipo es un drogadicto que ha abandonado ya tres veces los centros de rehabilitación que el jefe y su madre le han pagado. Estamos hablando de que se han roto el culo para pagar tanta plata por nada. Su madre ha tocado fondo y se ha resignado a que su hijo sea un caso perdido, lo ha echado de casa y tampoco le da dinero, lo último que hizo por él fue pedirle al jefe que le diera empleo para que el pobrecito de Alfred no muriera de hambre y de paso se hiciera de un poco de disciplina.

»Pero el tipo ya está descabechado. Como habrás notado, es raro que nos honre con su presencia y, cuando lo hace, no deja de quejarse de que estar aquí no es muy diferente a estar preso, pero sí lo es. Recluido en la cárcel, te torturan y te humillan; ahí dentro no eres nada, eres peor que basura... Me han contado —aclaró—, al contrario de estar aquí, que es pura diversión y fiesta con un ligero toque de tortura —rió de su propio chiste y continuó—: Para ser honesto, su señoría, el tipo sigue en malos pasos. Una vez entraron al restaurante dos sujetos empuñando sus armas y preguntando por él. Ese día cerramos temprano y el jefe perdió un montón de dinero porque los comensales asustados se fueron sin pagar la cuenta, ¡peor aún! ¡se marcharon sin dejar propina! ¿Puede creerlo, su alteza? Me quedé sin propina ese día y el pobre Fido no cenó esa noche. Pobre de mi perrito Fido, le gusta acorrucarse junto a la chimenea y...

—¡Eh, Kevin, no empieces a divagar! ¡Tú no tienes un perro! —grité mientras colocaba algunos trastos limpios en las repisas; casi los dejaba caer sobre mi cabeza al intentar contener la risa.

—Venga, lo siento, alteza —se aclaró la garganta y continuó su relato—. Dicen que Alfredo ya les debía mucha plata y que utilizaba ese dinero para pagar sus drogas, para su buena suerte ese día no había venido a trabajar, pero los sujetos se rehusaban a irse sin su dinero o sin cortar alguna cabeza.

»Los muy bastardos eligieron la cabeza de mi amada y la tomaron como rehén. ¡Yo, que los escuchaba desde la cocina, estaba que me cagaba del miedo! Ahora imagínate a mi damisela frente a frente a esos rufianes —Kevin comenzaba con sus payasadas de nuevo. Dudo que hubiese un tema que tomara realmente en serio. Sin embargo, esta vez lo dejé terminar a su manera—. No lo dudé, tomé el cuchillo más grande que vi y me dispuse a enfrentarlos, pero cuando salí al comedor rebosante de valor, el jefe gritó:

»—¡Les pagaré lo que sea que les deba, pero déjenla en paz por favor!

»El jefe me robó mi momento de brillar ante los ojos de Vanesa, pero la salvó porque los sujetos la soltaron enseguida. ¿Puedes creer que ella corrió hacia mí? ¿No? ¡Pues sí lo hizo, chaval! ¡Ella corrió hacia mí haciéndome el plebeyo más feliz del reino! La abracé y no la solté hasta que se fueron los rufianes —la mirada de Kevin se perdió en el techo grasoso de la cocina como reviviendo el momento en su mente hasta que, sonoramente, me aclaré la garganta. Notando la indirecta, suspiró y continuó—: Los tipos aceptaron su propuesta. El jefe desembolsó veinticinco mil pesos en ese momento y quedaron pendientes ocho mil más, así que nos dio la orden de cerrar y de preparar todo para el siguiente día, mientras los gorilas escoltaban al jefe hacia el cajero automático más cercano.

—¿Por qué no llamaron a la policía? —pregunté.

—Porque la policía clausuraría el lugar e iniciaría una investigación que podría mantenernos cerrados por meses. Aunque algunos

comensales sí reportaron lo sucedido a la policía, el jefe les dijo a los oficiales que solo había sido un malentendido con un par de personas que sufrían de sus facultades mentales, en teoría no mintió, y que no era necesario levantar cargos porque no había sucedido nada más que un susto. ¿Recuerdas al oficial Roberto? Fue ese día cuando lo conocimos.

»En fin, con ese gasto inesperado no se podía dar el lujo de mantener cerrado el restaurante, así que abrimos al siguiente día y poco a poco nos recuperamos del golpe. Después de eso el jefe amenazó a Alfredo para que mantuviera sus asuntos fuera del trabajo y le advirtió que no le daría otra oportunidad. Le aseguró que lo encerraría en rehabilitación y que, si llegaba a escapar, lo buscaría por cielo, mar y tierra para encerrarlo todas las veces que fuera necesario por haber puesto la vida de todos en peligro. Muchos odian al jefe por no haberlo despedido después de eso, pero no comprenden el amor que le tiene a su hermana y el que algún día tuvo por el pequeño Alfred. Mateo es un buen tipo, ¿sabes? Nos ha ayudado a todos de alguna u otra manera. ¡Jefes así ya no hay, señor Elías! —cuando hubo recuperado algo de aire, prosiguió con la historia—: Respecto a mi futura esposa..., estaba tan molesta con el hecho de que Alfredo seguiría trabajando aquí, que ella se decidió a renunciar, pero eso yo no lo iba a permitir. ¡No, señor! —Kevin levantó el dedo índice en señal de negación—. La busqué en su casa y le prometí que jamás dejaría que algo malo le pasara. Desde entonces la recojo cada mañana y le regreso a su casa cada tarde a menos que ella me indique otra cosa. ¡Oh! ¡Cómo me gusta esa mujer! ¡Su aroma juro que es más exquisito que el aroma del corte más fino que exista! Ella sabe que me trae loco y, aunque aún no me corresponda, ¡ella será mi esposa! —sus ojos café claro brillaban esperanzadores—. Pero... ¿qué sabe un chiquillo de quince años acerca del amor? ¡Nada! —se respondió a sí mismo.

—Casi tengo dieciséis. El domingo próximo es mi cumpleaños —afirmé.

—¡Enhorabuena, alteza! —exclamó entusiasmado—. He quedado con algunos meseros y Uriel, el cocinero, de acampar en Arcos del Triunfo el mismo día. Deberías venir; mejor dicho, ¡tienes que venir! ¡Será divertido! Piénsalo, noche bajo las estrellas con una fogata. Y no es por nada, pero cuando todos duerman, entraré a la tienda de Vanesa y le haré el amor como loco. ¡Así será! Pero primero tengo que convencerla de que nos acompañe.

—Estás loco, ¿sabías?

—No por nada me dicen Kevin el loco. Oye, qué te parece si saliendo de este hoyo me acompañas a dejar a mi esposa a su casa y después al taller mecánico. Tengo que arreglar mi cacharro antes del campamento, me ha estado fallando últimamente. ¿Qué dice, su alteza? ¿Está tan ocupado esta tarde para complacer a este humilde plebeyo? ¡Ya sé! Te invitaré una hamburguesa. Mis padres tienen una carreta de comida rápida, ya sabes, perros calientes, patatas fritas, etc. Para cuando terminemos ya estarán instalados. Ellos dos venden las mejores hamburguesas del barrio. ¿Qué opina?

—¡De todo lo que has dicho, Kevin, solo entendí «hamburguesa» y ahora siento que te amo —bromeé sin pensar.

—¡No sabía que su majestad era un maricota! Tomaré eso como un «sí».

—¡No soy un marica! —aclaré esperando que no lo creyera realmente—. Pero, Kevin, al campamento no iré. No quiero dormir ahí sabiendo lo que estarás haciendo en caso de que Vanesa acepte ir contigo... Aunque lo dudo —agregué.

—Tiene sentido. Bueno, si su alteza cambia de opinión, sabéis dónde estaremos.